

# Marcelo Fernández: “Aún no me puedo despedir, el Registro es mi hogar”

Por Lachalde Jimena

Alumna de la Tercera cohorte de la Tecnicatura Superior en  
Registración y Publicidad Inmobiliaria

43 años, 9 meses y 15 días. Esa es la cantidad de tiempo en la que *Marcelo Indalecio Fernández* caminó los pasillos del Registro de la Propiedad Inmueble de Buenos Aires (RPBA). Primero, los del emblemático Ministerio de calle 45 y años más tarde, los actuales, los del edificio de la avenida 44.

43 años, 9 meses y 15 días que empezaron cuando él tenía apenas 16 años y un conocido de su mamá le ofreció el trabajo. Y él dijo que sí, que claro que sí, porque su curiosidad y sus ganas eran, como lo son aún hoy, el motor que lo impulsó siempre hacia adelante.

Y así, casualmente, como muchas veces empiezan las grandes historias de amor comenzó a escribirse la suya con aquél Registro del año 1978, cuando ese joven platense de apenas 16 años cursaba 4to año del colegio secundario. En esa época, Marcelo alternaba sus estudios con los horarios laborales, pero lejos de generarle complicaciones, ambas actividades le servían de excusa ante alguna llegada tarde a la oficina o de pretexto para faltar a la escuela.

Cancelar hipotecas simultáneas fue lo primero que aprendió a hacer en el Registro. Cuando le surgían dudas, su superior lo llamaba, lo sentaba a su lado y lo hacía leer y leer hasta el cansancio; así durante sus dos primeros años.

Tiempo después, el sorteo para el Servicio Militar Obligatorio le exigió abandonar temporalmente las tareas registrales. Pero fue a su regreso que comenzó a recorrer un camino que lo llevó a transitar por casi todos los sectores del Registro de manera ininterrumpida: fue inscriptor, jefe del sector Distribución e Inscripciones, jefe de la Delegación en Mercedes, jefe de Despa-

cho, y de Área y Subdirector de Servicios Registrales.

En ese tiempo, también estudió y se recibió de ingeniero en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) y aunque tuvo ofertas laborales para dedicarse a su profesión, no dudó a la hora de guardar el título en un cajón y apostar a su carrera registral.

Cada paso que dio lo hizo empujado por su curiosidad constante, sus ganas de preguntar, de saber siempre más, de meter las narices en los viejos protocolos e investigar hasta el cansancio. No sólo por su personalidad exploradora sino también -como él mismo recordaría años después- por su ego personal que lo llevaba a querer estar “*a la altura de los escribanos*” cuando se acercaban a la oficina a consultar o refutar una calificación.

En esos años también trazó sus proyectos personales. Se casó, construyó su casa, se compró su primer auto y tuvo a sus tres hijos: Indalecio, Fermín y María Emilia, hoy todos profesionales. Su crónica personal no podría contarse sino es a la par de su historia registral, porque como él mismo relata emocionado “*el Registro es mi hogar*”.

Quiénes lo conocieron saben que donde más cómodo se sintió trabajando fue siempre entre sus pares; las formalidades y la burocracia no eran para él. Tampoco los despachos y los sillones que lo alejaban de sus compañeros. Cuentan, quienes convivieron durante sus últimos años en el Área XI, que nunca se sentó en el lugar que le correspondía como jefe; por el contrario, optaba por acomodarse junto al resto compartiendo como un compañero más la cotidianeidad del trabajo, las complicidades diarias y el mate.

Su latiguillo era *"esto es un equipo y todos somos necesarios"*. Tal vez por eso siempre consensuaba las decisiones que tomaba para el área, con autoridad pero sin autoritarismo, le gustaba escuchar a todos y saber la opinión de cada uno.

El cargo de subdirector fue la cocarda que le faltaba; así en pleno año pandémico decidió asumir el desafío. No hubo día que no se escabullera del primer piso para ir a recorrer las oficinas, para preguntarle a los jefes que estaban a su cargo qué necesitaban, qué les hacía falta. Le resultaba más cómodo "peinar" el fichero en algún área colapsada de trabajo, que quedarse sentado en su despacho esperando a que suene el teléfono. Así, cuando apretaron los plazos y los escribanos colmaron de reclamos las ventanillas de la Consultoría, cargó su termo de agua y, mate en mano, bajó de la Dirección para atenderlos y escucharlos personalmente.

43 años, 9 meses y 15 días le sirvieron para aprender todo lo que sabe y, a su vez, transmitirlo a varios de sus pares que se quedan comandando el timón de un Registro que, en palabras suyas, *"está a punto de dar un salto cualitativo cuando entre a la era de la digitalización"*.

Para Marcelo sólo *"van a crecer los que se destaquen, los que vayan al frente, los que cooperen, los que levanten la mano y pregunten"*. Así también se recuerda aunque reconoce que muchas veces ese mismo temperamento indagador le jugó una mala pasada.

43 años, 9 meses y 15 días. Es lo primero que me dice cuando llega a la entrevista que pautamos días después de haberse jubilado. Tranquilo y parsimonioso se sienta en uno de los pupitres del aula del segundo piso del Instituto de calle 43; allí, donde antes de la pandemia dictaba clases presenciales de Planimetría (materia de 1er año de la Tecnicatura Superior en Registración y Publicidad Inmobiliaria) frente a decenas de alumnos-compañeros a los que alentaba a crecer en la carrera administrativa.

El último viernes de octubre golpeó las puertas del despacho de la Dirección provincial y sin preámbulos ni ceremonias anunció que se iba unos días antes: ese mismo 29, adelantándose al comienzo de noviembre que era la fecha estipulada. No quiso saber nada de despedidas ni largos adioses. No amagó en saludos ni abrazos fraternales. No especuló con los aplausos ni el clásico registral "paseo en carrito". Prefirió salir en su horario habitual, silencioso, como cada día, como si fuera a regresar mañana; como si en la siguiente jornada volviera a sonar el teléfono de su despacho y un jefe le pidiera asesoramiento registral o lo consultara sobre alguna cuestión acerca del personal.

Él, que estuvo 43 años, 9 meses y 15 días aún no cree su propia partida. Por eso tal vez oculta su emoción y confiesa: *"Me da la impresión que estoy de vacaciones. Aún no creo que me jubilé. No me puedo despedir. No puedo bajar la persiana. El Registro es parte de mi vida. Fueron 43 años, 9 meses y 15 días."*

Apago la luz, salimos del aula que queda en silencio, a oscuras y vacía. Y de golpe pienso que su ida y la de

tantos otros referentes "de la casa" en este último año tiene un poco de eso. Entonces recuerdo un poema de Eduardo Galeano...

*"Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás.*

*No hay dos fuegos iguales.*

*Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores.*

*Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y hay gente de fuego loco, que llena el aire de chispas.*

*Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman;*

*pero arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende".*

Rompo apenas el protocolo y, barbijo mediante, lo abrazo y le agradezco. Por la entrevista, y por todo. Por sus 43 años, 9 meses y 15 días.

Por dejarnos encendidos un poquito con su fuego.